

los Abencerrajes por caballeros que tal traicion ordenaran, porque son ejemplo de lealtad. — Pues si no lo crees, dijo el rey, preguntalo á Hamete Zegri, y á Mahandin, y á Mahandon, que están presentes, que ellos te dirán como testigos de vista. » Y los falsos refrieron á Muza lo que al rey habían dicho, lo cual no creyó, porque conocía que la reina era muy honesta y virtuosa, y así les dijo: «yo no puedo persuadirme á que eso sea así, ni creo que habrá caballero que lo sustente, porque es cierto que ha de quedar por infame y fementido. — Pues nosotros, dijo Mahandon, lo sustentaremos contra cualesquier caballeros que lo quisieren contradecir. » Y enojado Muza, dijo: «pues aunque no sea sino por honra de mi hermano el rey, se ha de seguir por justicia esta causa y la de los Abencerrajes, pues os preferís á sustentar con las armas la acusacion que poneis; y mirad cuán seguro estoy de la casta reina, que sé que habeis de morir ó quedar desmentidos; y si me fuera licito, yo solo habia de defender la inocente reina y á los nobles Abencerrajes, porque clara y manifiestamente se parece ser mentira causada de envidia; pero impidelo la paz que ando buscando. »

Los Zegries comenzaron á alborotarse, diciendo que ellos eran caballeros, y lo que habían dicho lo sustentarian en campo armados á los cuatro caballeros. «Eso se verá presto, » dijo Muza; y dijo al rey: «vamos al Alhambra, que ya todo está apaciguado: solo quedan cuatro linajes de caballeros que no os quieren dar obediencia, sino á nuestro padre: pasen algunos dias, que yo los compondré. Y vosotros, Zegries y Gomeles, advertid, que si por vuestro consejo murieron degollados treinta y seis caballeros Abencerrajes, de vuestros linajes hay mas de cuatrocientos caballeros muertos; mirad si ha sido granjeria la que habeis hecho. Id al Alhambra, y mandad que los saquen del cuarto de los Leones, y dadles sepultura, que así han hecho los Abencerrajes á todos sus deudos, muertos sin culpa. » Con esto salió Muza de la mezquita, y el rey Chico con él, fiado de su palabra, y le dijo: «Muza, ¿quién te dió aviso de que estaba yo aquí? — Quien te vió venir, dijo Muza. »

Diciendo esto, se bajaron todos del cerro, y se entraron en el Alhambra. Los Zegries llevaron los cuerpos muertos á sus casas, y los fueron acompañando, y Muza con ellos, por evitar algun escándalo; y en todo aquel día no se oía en toda Granada otra cosa sino llantos y gemidos muy tristes. El rey se retiró á su cuarto con muy buena guarda, y mandó que no dejasen entrar á nadie en todo aquel día; lo cual se cumplió todo así, que ni aun á la misma reina dejaron entrar, y muy confusa se volvió á su retrete, no sabiendo la causa de tan grande encierro, pues le habia enviado á decir Muza que no tuviese pena, que el rey volveria á su silla.

CAPITULO XIV.

En que se da cuenta cómo los traidores pusieron acusacion á la reina y á los Abencerrajes, y cómo la reina fué presa por ellos, y dió cuatro caballeros que la defendiesen, y de lo demás que sucedió.

Los muertos ya enterrados de la una parte y de la otra, y habiendo cesado los llantos por ellos hechos, y reducida la parte mayor de los caballeros de Granada á la obediencia del rey Chico, por orden del valeroso capitán Muza, habiéndose pasado aquel día tan memorable para Granada, luego el día siguiente dió orden que fuesen á hablar al rey; y así se juntaron todos los mas principales, y le fueron á ver, aunque contra su voluntad, solo por hacer placer al valiente Muza; y en entrando en su real sala, se fueron sentando por su orden, como antes solian, aguardando que el rey saliese de su aposento: el cual, como supo que estaba allí Muza y los demás caballeros, salió vestido de negro mostrando tristeza en el rostro, y sentado en la silla real, mirando á todos les dijo:

«Muy leales y verdaderos vasallos, amigos míos, bien

sé que habeis estado muy enojados conmigo, y con deliberacion de quitarme el reino y la vida por lo que hubo en el cuarto de los Leones, no sabiendo vosotros el fundamento y justa causa que á ello me movia, y sin escandalizaros; pero á veces la cólera ciega la razon, de modo que no da lugar á la consideracion con el deseo de la venganza. Alá os guarde de rey injuriado, que no aguarda dilacion su agravio. Y para satisfaccion de mi poca culpa y muy sobrada justicia, pedida y demandada de mi crecido agravio, habeis de saber, ó nobles granadinos, que los famosos Abencerrajes, de cuya fama el mundo está lleno, habian conspirado y hecho conjuracion para privarme del reino y de la vida, y de todo esto tengo fulminado proceso con informacion bastante, por donde son dignos de muerte, y mas. Albin Hamete, Abencerraje, violó mi honra con mancha de adúltero, tratando con la reina sultana, mi mujer, de deshonestos y secretos amores, aunque no lo fueron tanto, que con facilidad fueron descubiertos; y en esta sala hay caballeros testigos de vista que lo dirán y sustentarán, y á esta causa se ejecutó ayer lo que visteis, queriendo por mi mano tomar venganza de tan enorme injuria y deshonra; y si no se descubriera tan presto mi intento, no hay duda, sino que no fuera ya vivo ningun Abencerraje; mas mi mala suerte ordenó que se descubriera. De lo pasado me pesa solo por el alboroto de la ciudad, y por haber muertes de nobles y leales caballeros á manos de los Abencerrajes vivos y de los Gazules; y la sangre de los Zegries y Gomeles vertida por mi causa pide justísima venganza, la cual prometo hacer por Mahoma. Y ahora doy por sentencia, que los Abencerrajes, que son culpados en esto, por tener atrevimiento de entrar con mano armada en mi casa real, sean desterrados de Granada, y dados por traidores, y sus bienes confiscados á mi real cámara, para que dellos haga mi voluntad; y los que no son tan culpados y los ausentes, así alcaldes, como los que no lo son, que se queden en Granada privados de mi real servicio. Y si tuvieren hijos varones, los envíen á criar fuera de la ciudad; y si fueren hijas, que las casen fuera del reino; y esto mando que se publique por toda Granada. Y en lo que toca á la reina sultana, mi mujer, mando que los caballeros que han de poner la acusacion la pongan luego; y puesta, sea presa, hasta que se vea su justicia conforme á derecho, que no es justo que un rey como yo viva afrentado. Estas cosas fueron la causa, buenos caballeros y leales vasallos, del alboroto de ayer: ahora considere cada uno la causa por suya, y juzgue lo que haria, y verá cómo no se satisface mi agravio, y respóndame. »

Dichas estas palabras por el rey, todos los caballeros que estaban allí juntos se miraban los unos á los otros, y admirados de todo aquello que el rey les habia dicho, no sabian qué responderle, porque ninguno de los que vinieron con Muza á dar la obediencia al rey, no dió crédito á cosa ni parte de lo que tocaba á los Abencerrajes, como ni á lo de la reina, y luego entendieron ser traicion; y así los caballeros Almoradis, Almohades, y otros que eran parientes de la reina sultana, hicieron entre ellos gran movimiento y comunicacion, y al cabo de una pieza que el rey aguardaba respuesta, se levantó un caballero Almoradí, tio de la reina, y respondió, diciendo: «ateutos hemos estado, rey Abdali, á tus razones, con las cuales no menos pesadumbre y alboroto que ayer se espera; porque, en lo que has hablado, manifiestamente parece ser averiguada traicion, así en lo que toca á los caballeros Abencerrajes como en lo de la reina; porque los Abencerrajes son nobles, y en ellos no puede haber traicion, ni tal dellos se puede presumir; porque de su bondad y nobleza siempre han dado verdadero testimonio sus obras, por las cuales tú y tu reino habeis resplandecido; y si ahora las mandas desterrar, tu reino de hoy en mas lo puedes dar por ninguno, y al tiempo pongo por testigo; cuanto y mas,

que aunque tú los destierres, si ellos con su gusto y voluntad no se quieren salir de Granada, no los puedes tú hacer fuerza, atento que no eres rey supremo por ser vivo tu padre, el cual estima mucho á este linaje. Si no me crees, mira tu palacio, y verás cómo en faltando todos los Alabeces, Gazules, Aldoradines y Venegas, parece estar solo y sin acompañamiento ninguno, y te has de ver sin todos estos y otros muchos, por ser amigos de los Abencerrajes, pues la plebe ya bien sabes el amor que les tiene; y sé de cierto que si el amor dellos levantara bandera contra tí, te echaran del reino en que estás; pero son leales, y antes morirán que tal hagan. Repórtate, rey mal aconsejado, y no te ciegue la cólera, y en lo que dices de la reina, que ha sido adúltera, es falso; es matrona ilustre y honesta, y se debe tener y estimar en mucho; y si contra ella te nieves ó alteras, los Almoradis, Almohades y sus parciales te hemos de quitar la obediencia, y hemos de darla á tu padre; y cualquiera que pusiere falta ó dolo en la reina sultana, miente y es un villano, y yo lo probaré donde quisiere. »

El traidor Zegri, Mahandin Gomei, Mahandon y Abenhamete con saña se levantaron y dijeron, que lo que ellos decían era verdad, y quien lo contradecía mentira. Los Almoradis se alzaron poniendo mano á las armas; todos los Zegries y Gomeles hicieron lo mismo, y con gran enojo se fueron los unos á los otros, moviendo mucho escándalo y alboroto en el palacio real; mas los caballeros Azárques y Alarifes, Muza, Sarraçino, Reduán, y el mismo rey, obraron tanto, que no los dejaron juntar, antes los quietaron é hicieron sentar; y estando sosegados dijo estas razones Muza: «señores caballeros, yo querria que se pusiese la acusacion á la reina, y que por ella sea presa, pues confio en Alá que su inocencia ha de ser verdugo de los acusadores falsos, y han de morir ó retractarse de lo dicho, de donde se seguirá mayor lauro y corona de honor á la inocente reina y á todos los de su linaje; para lo cual salga aquí la reina, responda por sí, y dé y señale caballeros que la defiendan. »

A todos pareció bien lo que Muza dijo, y así fué llamada la reina Sultana, la cual fué acompañada de sus damas, y los caballeros se levantaron y la hicieron grande acatamiento, salvo los traidores; y antes que la reina se sentase en su estrado le dijo Muza: «hermosa Sultana, hija del famoso Moraizél, y de nacion Almoradí por descendencia del padre, y Almohades por la madre, descendientes de los reyes de Marruecos: sabrás, reina de Granada, por tu daño, cómo en esta sala hay caballeros que pongan dolo en tu castidad, diciendo que no has guardado las leyes conyugales, como era razon, á tu marido el rey; antes dicen que has adulterado y hecho traicion con Albin Hamete, Abencerraje; por lo cual ayer fué degollado con los demás Abencerrajes que murieron. Si esto es así, lo cual todos nosotros no creemos, porque tenemos entera satisfaccion de tu bondad, virtud y castidad, has incurrido en pena de muerte de fuego; por tanto da razon de tí, para que no haya mas escándalo del que por tu causa ha habido; y si no le das, cual conviene á tu honor y al de tu marido, morirás quemada conforme á nuestras leyes: yo te lo he dicho, no por ofenderte, sino para que repares con tiempo la defensa y lo que te conviene, que por mi parte seré en tu favor y en todo lo que pudiere, como lo verás. »

Con esto calló Muza, y se sentó aguardando que la reina respondiese. La cual, como oyó lo que Muza le habia dicho, miró á todos los caballeros de la sala; y como los vió callar, tuvo por verdad lo que al pronto habia escuchado por donaire y juego; y reparándose un poco, sin mudarse la color de su hermoso rostro, ni hacer mudanza mujeril, respondió desta suerte: «cualquiera que en mi honestidad pura, limpia y casta pusiere alguna falta, miente, y no es caballero, sino villano, vil y de bajos pensa-

mientos, mestizo, infame y mal nacido, indigno de entrar en el real palacio; y sea quien fuere, póngase aquí en mi misma presencia la acusacion que contra mí se ha hecho, que no temo pena ninguna, porque mi inocencia me asegura, y mi castidad y limpieza me hacen libre: jamás con pensamiento ni obra hice ofensa al rey mi marido, ni la pienso hacer en tanto que mi marido fuere, ni después; ora sea por separacion de muerte, ó por repudiacion de su parte hecha. Mas estas cosas y otras tales no pueden salir sino de moros, de quien no salen sino maldades y novedades, como de hombres de poca fe y mal inclinados. Benditos sean los cristianos reyes y quien los sirve, que nunca entre ellos hay semejantes maldades, y la causa es estar fundados en buena ley. Pero una cosa sé decir: que confio en el santísimo Alá que ha de volver por mi casta limpieza y descubrir la verdad; y hago promesa de que si Alá se sirve de dar victoria á mis defensores, como lo espero en él que se la dará, viéndome libre deste testimonio, de no volverme á juntar con el rey en poblado ni fuera. » Diciendo esto comenzó á llorar, y con ella todas sus damas; de tal manera, que á todos los caballeros que la oían movia á muy grande compasion y lástima.

Lindaraja se hincó de rodillas delante de la reina, y pidió licencia para partirse á Sanlúcar á casa de un hermano de su padre, pues por mandado del rey habian muerto sin culpa á su querido padre, y pues desterraron á los Abencerrajes, que ella se queria desterrar, por no ver las tiranías y crueldades que cada día se hacian, y mas el testimonio que á su Alteza se levantaba; que no diese lugar que ella presenciara aquellos dolores tan acerbos; y que cuando la honra de la reina padecia, no estaba segura la de sus damas, dueñas y doncellas. La reina la abrazó llorando, y quitándose del cuello la cadena que el maestre la dió el día de la sortija, dijo: «toma, amiga, yo quisiera galardonar tus servicios fieles y leales; pero ya, por mi desdicha, no soy señora de bienes, sino de males; dichosa tú, y yo sin ventura. Vete en paz, y vive en ella: que ausente de la corte yo sé que la tendrás. » Y diciendo esto la apretó entre sus brazos, regándole su hermoso rostro con lágrimas, las cuales Lindaraja derramaba de sus ojos en abundancia. Aquí se aumentó el llanto de todas las damas, porque las iba abrazando y despidiéndose de todas.

Estaban los circunstantes tan lastimados de la dolorosa despedida de la reina y de Lindaraja, que no dejaban de ayudar con lágrimas; y no pudiendo sufrir aquel dolor, todos los Almoradis y Almohades y otros de su parcialidad se salieron llorando de la sala, diciendo: «Abdali, rey, abre los ojos, y mira lo que haces, y tennos por tus enemigos de aquí adelante. » Lindaraja, despidiéndose del rey, se salió de palacio, y acompañada de su madre y de algunos caballeros se bajó á la ciudad, y al otro día se partió para Sanlúcar, y Gazul en su compañía, que era el que la servia, como ya se ha dicho, y adelante se tratará dellos mas largamente.

Ahora vayan su camino, y volvamos á tratar del rey, y de la acusacion de la triste reina Sultana, la cual lloraba muy dolorosamente su deshonra, y con ella sus doncellas. El rey mandó al traidor Zegri que pusiese la acusacion, y él se levantó y dijo: «por la honra de mi rey, y volviendo por ella, como debo, digo que la reina Sultana es adúltera, y que yo y Mahandin la vimos en Generalife, debajo de un rosál, que está junto á la fuente grande, estar en lascivas concupiscencias con Albin Hamete, Abencerraje; lo cual sustentaremos los cuatro á otros cuatro que señale la reina en su defensa. » A esto respondió la reina: «mientes, como traidor infame, falso, tú y todos vosotros; yo fio en el poderoso Alá que ha de descubrir la verdad, y os ha de costar muy caro. » El rey dijo: «Sultana, dentro de treinta dias habeis de dar caballeros que os defiendan; donde no, se procederá contra vos conforme

á la ley. » Sarracino, no pudiendo sufrir mas aquella lástima, dijo: «yo me ofrezco á la defensa de la reina, aunque no haya mas caballeros que quieran volver por su honor.» Reduán dijo: «yo seré el segundo, y serviré de tercero y cuarto.» Muza dijo: «pues yo ayudaré también, y no faltará otro caballero que ayude, porque se haga la batalla cuatro á cuatro; y mire la reina si nos quiere admitir, que como caballeros juramos de hacer el deber.» La reina respondió: «muchas mercedes, señores caballeros, por la que me haceis tan señalada; yo veré lo que me importa, pues tengo término suficiente, aunque sé que en hacer tales caballeros la batalla, mis enemigos serian vencidos y mi honra satisfecha.»

El rey mandó que estuviere presa en la torre de Comares, y en su compañía Galiana y Celima para que la sirviesen. Luego Muza y otros caballeros llevaron á la desdichada é infelice reina presa, y la pusieron en un aposento, y á la puerta doce caballeros de guarda, con orden que sino es á Muza, otro no pudiese entrar á hablar con ella. Esto hecho, se despidieron del rey todos los caballeros, por lo que habia pasado. Las damas de la reina se fueron todas: las doncellas en casa de sus padres, y las casadas á sus casas con sus maridos. Reduán se llevó á su querida Haja, Abenámara á Fátima, que estaba muy triste por lo que sus parientes habian hecho. Todas las demás damas se fueron, quedando desierto el cuarto de la reina. Quedaron con el rey Zegries, Gomeles y Mazas, por acompañarle, y á muchos pesaba de lo que habian empezado á hacer, porque imaginaban que no podian tener buen fin todas aquellas traiciones. Luego se pregonó, que dentro de tres dias saliesen los Abencerrajes desterrados, so pena de las vidas. Los Abencerrajes pidieron dos meses de término, porque querian salir del reino; y fuéles concedido á instancias de Muza, porque entre él y ellos se trató lo que adelante se dirá. Este pregon se divulgó por toda la ciudad, y sintieron tanto los moradores della el agravio que á los Abencerrajes se hacia, que si quisieran ellos levantar bandera contra el rey Chico, los ayudaran con sus personas y haciendas, porque en estremo eran amados de toda la ciudad, y tenidos en lugar de padres y amparadores de todos.

Este pregon lo oyó una hermana del rey Chico, llamada Moraina, la cual era mujer de Albin Hamete, Abencerraje; y llena de enojo por haberle muerto á su marido sin culpa, y de temor por haberle quedado dos niños, uno de cinco años y otro de tres, vestidos ambos de luto y ella también, fueron al Alhambra, y en su compañía cuatro caballeros Venegas, y entraron en la sala del rey para hablarle. Los guardas, conociendo á Moraina, la dejaron entrar en el aposento del rey su hermano, al cual habló solo; y haciéndole mesura, le dijo: «¿qué es esto, rey? Rey te digo, y no hermano, aunque es nombre de mas piedad; mas porque no entiendas que soy de los conjurados contra tí, como tú mismo dices, te llamo rey. Pues dime, ¿qué clima es esta que nos sigue tan cruel? ¿qué hado tan rigoroso y sangriento es este? ¿qué estrella tan caliginosa y mortífera corre predominando y causando tantas desventuras? ¿qué cometa llena de fuego es esta, que así abrasa y eclipsa el claro linaje de los Abencerrajes? En qué te han ofendido, que así totalmente los quieres destruir? No te ha mitigado haber degollado la mitad del linaje, sino que ahora mandes desterrar á los que han quedado? Y ya que así es, ¿qué razón hay para que los hijos inocentes de los padres se hayan de dar á criar fuera de la ciudad, y á las hijas casarlas fuera del reino? ¿Pregon duro! sentencia cruel! mandato acerbo! Dime, ¿de qué sirven estas tiranías, rey inclemente? Y yo triste, desconsolada y viuda, hermana tuya por mi mal, ¿qué haré con estos dos niños, retrato de aquel caballero Albin Hamete, mandado por tí degollar sin culpa? ¿No bastó la muerte inocente de su inculpable padre, sino desterrar los huér-

fanos hijos? ¿A quién los encomendaré fuera del reino que los críe? Si á ellos destierros, yo he de ir también por su madre. ¡A tu sangre maltratas! Por Alá santo te ruego, que te reportes; mira que estás mal aconsejado; no pase adelante tu crueldad injusta, que es en los reyes grande imperfeccion ser crueles, y mas donde no hay culpa, sino interés y envidia.»

Con esto cesó la bella Moraina, no dejando de llorar, y dando dolorosos suspiros de lo mas íntimo de su alma. Todo lo cual no fué bastante á ablandar el diamantino corazón del rey, antes encendido en infernal cólera, los ojos encarnizados contra su hermana, la dijo: «di, Moraina infame, sin conocimiento de la real sangre, ¿tan poco valor en tí se encierra? ¿Eso me dices? Di, ¿no consideras la mancha que puso en mi honra tu desleal marido? Si tú tuvieras una gota de mi real sangre, sintieras mi agravio, y esa gota, dando el pecho á tus hijos, les fuera veneno mortífero; y si este efecto hiciera, diria que eras mi hermana; pero no creo que lo eres, pues no sientes lo que yo. Mejor hubieras hecho en haber quemado esas dos ramas infames, salidas de aquel aleve tronco, causador de mi afrenta; y pues tan poco miramiento has tenido, y no has hecho oficio de hermana, yo haré lo que tú no hiciste.» Y diciendo esto así al niño mayor, y alzándole en peso, le puso debajo del brazo izquierdo, y echando mano á la daga se la metió por la garganta, que no pudo defenderle la desdichada madre; y dejando muerto al inocente niño, á pesar de su triste madre, tomó al otro, y le degolló, dejando segadas las manos á la sin ventura Moraina por quitarle á su tierno niño. Y habiéndolos muerto, dijo el sanguinolento rey: «acábase de raíz esta traidora casta de Albin Hamete.»

Vista la crueldad del tirano rey, la lastimada madre, bramando como leona, acometió á su hermano por quitarle la daga para matarle; pero el rey se defendió, y visto que no podia defenderse della, porque le pedía sus hijos, con diabólica furia la dió dos puñaladas en el delicado pecho, de las cuales cayó muerta con sus hijos, y dijo el rey: «allá irás con tu marido, pues tanto le amas, que tan traidora eres como él;» y luego mandó que enterrasen aquellos cuerpos en la sepultura de los reyes, lo cual se hizo admirándose de aquel acaecimiento. Los caballeros Venegas, sabiendo el caso atroz que el rey habia cometido, salieron del Alhambra y se fueron á la ciudad, y contaron el caso á otros caballeros; y así se supo por toda Granada aquella gran crueldad del rey. Muchos determinaron de matarle, y mas sabiendo la injusta prision de la reina; mas vivia el rey con tal cuidado y guarda, que no tuvieron lugar de ejecutar su deseo; porque la puerta del Alhambra la guardaban mil caballeros, y de noche se cerraba bien, y por los muros y baluartes habia puestas muchas postas y centinelas, guardando todas las entradas. La gente del rey Mulahazén guardaba lo que le tocaba, que era la plaza de los Aljibes, y la torre de la Campana, y las torres cercanas á ella, y sus baluartes y barbacanas. Finalmente, lo mejor del Alhambra tenia Mulahazén: el rey Chico tenia la casa real antigua, y cuarto de los Leones y torres de Comares, y miradores del bosque á la parte del Darro y Albaicin. Aunque las guardas y gente de ambas partes estaban separadas y apartadas, y cada cual seguia la parte de su rey, jamás entre ellos habia discordias por mandado de los reyes y ruegos de Muza. Y aunque habia dos reyes, la gente mas principal seguia al rey viejo, como eran Alabeces, Abencerrajes, Gazules, Almoradis, Langetes, Atarfes, Azarques, Alarifes y todo el comun ciudadano, respecto de estar bien con los caballeros Abencerrajes y sus valedores. Al rey Chico seguian Zegries, Gomeles, Mazas, Alabeces, Bencerrajes, Almoradis, Almohades, y otros muchos linajes y caballeros de Granada, aunque después de la prision de la reina se habian pasado al rey viejo los Almoradis, Almohades y Venegas.

Estaba Granada divisa y llena de bandos y escándalos cada dia, y mas se acrecentaron cuando los caballeros Venegas dieron noticia de la crueldad que el rey Chico habia usado con su hermana y con sus sobrinos; la cual fué de todo punto causa de que los Almoradis, Almohades, y Marines, y otros muchos caballeros de gran valor le desampararon; de tal manera, que casi toda Granada estaba apercebida en su daño. Solo tenia de su parte á los Zegries, Gomeles y Mazas; y como estos tres linajes eran tan poderosos, le sustentaron en su estado hasta que se perdió, como adelante se dirá.

Volviendo á la muerte de los hijos de Moraina y de la suya, hubo en Granada grande sentimiento del doloroso caso. Todos decian que era el rey muy cruel, tirano, enemigo de su sangre, é indigno del reino y de la vida. Quien mas sintió esta muerte fué el capitán Muza, hermano de Moraina, y firmó con juramento que habia de ser vengada aquella traicion antes de muchos dias; y si Muza sintió el desaforado caso, cruel y grave, no menos lo sintió el rey Mulahazén, que al fin era su padre. Y después de haber hecho gran llanto por su amada hija y por los nietos tan queridos, con ferviente enojo se fué á armar, y se puso un fino jaco y un acerado casco, y sobre el jaco una aljuba de escarlata, y tomó una tablachina en el brazo izquierdo; y llamando á su alcaide, le dijo, que muy presto juntase la gente de su guardia, que eran mas de cuatrocientos caballeros. El alcaide los juntó, y les dijo que el rey Mulahazén los mandaba juntar; que estuviesen apercebidos para lo que les mandase. Ellos dijeron que allí estaban á su mandado. Y visto por el rey que los de su guardia estaban juntos y alistados, salió á la plaza de su palacio donde estaba toda la gente, y les dijo así: «valerosos vasallos y amigos míos, grande deshonra es que mi hijo me usurpe cetro y corona contra toda mi voluntad, y que siendo yo vivo haya otro rey; y bien sabeis cómo se hizo llamar rey por el favor y ayuda que le dieron los Zegries, Gomeles y Mazas, diciendo que yo era viejo y sin provecho para la guerra y gobierno del reino; y por este engaño y color de ambicion muchos caballeros le han seguido, y me han dejado contra toda razon. Que bien se sabe que ningun hijo puede ser heredero del reino, ni de hacienda hasta la muerte de su padre; y así lo mandan espresamente las leyes, las cuales ha quebrantado mi hijo, me ha usurpado el reino, y procede mal en la gobernacion; pues en lugar de conservar la paz y sosiego en que yo tenia el reino, es perturbador é inquietador della, y alborotador del pueblo; y en lugar de guardar á todos recta justicia, hace los mayores absurdos que en el mundo se pueden imaginar. Mirad cómo mandó degollar á los nobles Abencerrajes sin culpa suya, y cómo sin ella tiene presa á su mujer, imputándola de adúltera; y lo que mas me lastima es, que haya muerto á mis nietos y á mi hija. Pues si siendo vivo yo hace esto, ¿qué hará en viéndose solo? Bien podeis desamparar vuestra patria y tierra, y buscar la ajena. Ya no quiere Alá que tal tirano viva en el mundo, y así estoy dispuesto y determinado á la venganza de mi amada hija y de mis queridos nietos, dando muerte acerba á este enemigo de su sangre y reino: por tanto, amigos y leales vasallos, vuestra ayuda pido para tal venganza; que mas vale perder un vil príncipe, que no que se pierda por sus tiranías un reino como el de Granada. Seguidme todos luego, y mostrad vuestro valor acostumbrado.»

Diciendo esto, mandó á su alcaide que guardase muy bien su fortaleza, y se partió para la casa real donde estaba el rey Chico, su hijo, diciendo él y todos los suyos: «Libertad, libertad: mueran los traidores tiranos, y quien los sirve: no quede ninguno.» Y con esta voz dieron tan de improviso en la guardia del rey Chico, que casi no la dieron lugar á tomar las armas, y entre ellos se movió una batalla muy cruel y sangrienta, cayendo muchos muertos

de ambas partes. ¿Quién viera al buen rey Mulahazén dar golpes con su cimitarra á un cabo y á otro, que no daba golpe que no derribase caballero muerto ó mal herido? Porque Mulahazén siempre fué hombre de mucha fuerza en su mocedad, y de grande ánimo; y no era tan viejo que no pudiese pelear, pues aun no tenia sesenta años. Finalmente, andaba entre sus enemigos como leon carnicero, y sus soldados hicieron lo mismo, matando á sus contrarios. Aunque eran doblados los del rey Chico, perdieron la plaza, y á su pesar se retiraron á la casa real, adonde era tanta la griteria y voces, que no se oian los unos á los otros, salvo la voz de la libertad. El rey Chico, que oyó el tropel y ruido, muy espantado y atemorizado salió á ver lo que era, y vió á su padre entre la gente de su guardia con un rigor extraño: sospechando lo que podia ser, entró á armarse, y salió afuera para que los suyos cobrasen ánimo con su vista. A esta sazón llegó muy mal herido el capitán de su guardia, diciéndole: «señor, ve á favorecer tu gente, que es grande el estrago que en ellos hacen tu padre y los suyos.» El rey Chico salió dando voces, diciendo: «á ellos, amigos, á ellos, que aquí está vuestro rey; mueran todos.» Y diciendo esto, comenzó á herir en la gente del rey su padre con tanto ánimo, que puso en los suyos tal brio que hicieron retirar gran trecho á la gente de Mulahazén; lo cual visto por el viejo, dando voces, decia: «no os retireis desta vil y traidora canalla.» Con el ánimo que les daba cada rey á los suyos peleaban todos con mucho esfuerzo y valor, pero poco les aprovechó á los del rey Chico su ardimiento, porque eran mas valerosos los del rey viejo; y perdida la esperanza de cobrar lo perdido, se retiraron hasta los mismos aposentos del rey Chico, y allí comenzaron á pelear los unos con los otros cruelmente; de suerte que todo el palacio estaba poblado de cuerpos muertos, y bañado en sangre de los heridos.

En esta refriega se encontraron padre é hijo; y viendo el viejo el estrago tan grande que en su gente hacia su hijo, sin mirar el paternal amor que debía tenerle, acometió á él con una furia de hircana sierpe, diciendo: «aquí pagarás, aleve, la muerte de mi hija y nietos.» Y diciendo esto, le dió un tan gran golpe con la cimitarra en la rodela, con que le reparó, que se la hendió en dos partes, y el reyecillo fué herido en el brazo; y si no se reparara bien, allí acabara la vida; y fuera gran bien para Granada, porque se evitaran tantos males como por su causa hubo. Pues como el rey Chico se vió herido y sin rodela, con indecible coraje, no respetando las canas de su padre, ni teniéndole aquella reverencia y obediencia que los buenos hijos deben tener á sus padres, alzó el brazo para herirle con el alfanje; mas no tuvo efecto su mal propósito, porque á la sazón acudieron muchos caballeros así de una parte como de otra, cada uno por favorecer á su rey. Aquí se aumentó la griteria y se renovó la civil y sangrienta batalla, de manera que era gran compasion ver la mortandad de aquella mal considerada gente. Tan sin piedad se mataban y herian, como si en ellos de antigüedad viniera algun mortal odio y civil guerra. Allí eran hermanos contra hermanos, padres contra hijos, parientes contra parientes, sin guardar el decoro al parentesco y amistad, no mas guiados que por pasion y aficion de sus reyes, cada uno favoreciendo donde mas aficion tenia; y así con estos motivos, de cada parte andaba tan sangrienta la refriega, como si fuera batalla hecha entre dos enemigos ejércitos. Mas como la gente y guardia del rey Chico eran mas que los de Mulahazén, sacaban ventaja; lo cual conocido por un moro de la parte de Mulahazén, hombre de ardid y buen soldado, por salir con la victoria que pretendian, comenzó á decir en altas voces que todos lo oian: «á ellos, á ellos, rey Mulahazén, que en tu socorro vienen los caballeros Alabeces, Gazules y Abencerrajes: mueran los traidores, pues de nuestra parte está la victoria.»

Oida esta voz por el rey Chico y por los suyos, desma-